

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes	1
Trimestre	3,50
Semestre	5
Año	10

PROVINCIAS

Tres meses	8
Seis	5,50
Año	10
Extranjero y Ultramar	8 pesos

CORRESPONSALES

25 números	1,50
------------------	------

NÚMERO CORRIENTE

10 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido u. acompaña su importe. Los 11.º y 12.º comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

PERIODICO SATÍRICO BISEMANAL

GUERRA, NO PAZ

Cuando durante dieciséis años se ha estafado y burlado al pueblo, pidiendo unos jefes á la quietud patentes de impunidad, como Pi; buscando otros acomodamientos con el poder, como Castelar; mudando otros de postura, para exigir á la popularidad recursos con que servir á la ambición, como Salmerón; cuando, después de haber perdido y deshonrado en once meses una República no se ha hecho nada por restaurarla, y se han cerrado los oídos á las quejas de las masas, y las bocas á las protestas contra los atropellos de la reacción; cuando se ha trabajado por agrandar los odios entre los republicanos, y se han presenciado sin conmoverse los asesinatos de Santa Coloma de Farnés y las matanzas de Rifinto; cuando iniquidades como las de las Carolinas han arrancado solamente débiles gritos de protesta, y los actos revolucionarios han servido para imitar á Pilatos los unos, para insultar á sus autores los otros; cuando se han desofido llamamientos á la concordia, hechos por los de abajo, y se ha preferido la continuación de lo existente á la inteligencia noble y leal con los correligionarios; cuando todo esto ha ocurrido, la frase *«paz entre los republicanos»* es una frase hermosa, pero fuera de la realidad.

Ese deseo de paz, acogido ahora con júbilo por los aspirantes á actas, equivaldría, si se realizara, á cerrar una llaga en falso, sin cuidarse de que fuese por dentro minando el organismo; sería la guerra, y encarnizada y terrible como nunca, para mañana; sería engañar al país, para hacerlo después del triunfo campo de batalla de nuestras discordias y rivalidades; y sería todo esto, porque aún influyen en nosotros los hombres que perdieron la República por carecer de previsión, desinterés, energía y virilidad.

¡La paz armada! Esto, que empobrece y arruina hace años á Europa, ocurriría á los republicanos si diésemos oídos á esa frase; con la desventaja para nosotros, que los odios entre hermanos son más terribles y tenaces que entre extraños. Así, pues, exclamemos todos: *¡Guerra entre los republicanos hasta acabar con los jefes de derecho divino que creen, por haberlo hecho hasta aquí, que van á continuar disponiendo de nosotros á su antojo, y llevándonos por los derroteros que á su particular conveniencia cuadre!*

Guerra, sí. Para iluminar el caos formado por los mismos que hoy se espantan de las tinieblas; para salir del abismo á que sus pasiones nos han arrojado, preciso es luchar, no entre los de abajo, sino contra ellos; contra ellos que, cuando se les ha llamado á la concordia revolucionaria, no han acudido, y ahora se escandalizan de que haya quien no responda al llamamiento que hacen para la lucha electoral.

Porque no debemos olvidarlo; en vano se les ha excitado á la concordia; años y años les hemos suplicado que se unan para luchar contra el enemigo común; y cuando alguna vez los hemos atacado porque despreciaban nuestras súplicas, ha bastado que pronunciasen una palabra de esperanza para cesar en nuestra actitud agresiva y secundarlos y elogiarlos. Mas ¿qué quieren que hagamos hoy, al verlos pactar un armisticio engañoso, que sólo tiene por

objeto el tomar cada cual posiciones para seguir después atacándose y destrozándose?

Predicar la guerra, y cuanto más cruda mejor, para ver si llegamos por ella á este resultado, único que puede salvarnos: ponerse á un lado los partidarios de la lucha legal y al otro los revolucionarios, sin distinción de partidos ni abdicar ninguno de su credo, á fin de que cada cual pueda el día del triunfo defender la solución que crea salvadora.

Unirnos para una acción cualquiera, siempre que sea revolucionaria, es lo único que podría traer mañana esa paz, tan apetecida y pregonada como imposible de conseguir hoy. El peligro corrido en común, la desgracia hiriéndonos á la vez, el recuerdo de las víctimas sacrificadas, el deseo de venganza, más vivo y más santo que ningún otro; el afán por recobrar la libertad ó regresar á la patria; el hijo que nos llama desde lejos, la esposa que nos abre los brazos, la madre que nos solicita, el padre que nos aguarda, todo esto despertaría energías salvadoras; y sin que todo esto ocurra; sin que una gran derrota, á menos que la suerte nos favoreciera en la primera intentona, no venga á ponernos en paz para prepararnos juntos á la guerra contra la monarquía, será completamente inútil predicar concordia en nombre de la fraternidad, y mucho menos si se elige un momento como este en que el interés de cada uno se sobrepone al interés general.

Pero nada de esto quieren los que mangonean. Sin renegar en absoluto del procedimiento revolucionario, porque se anularían, le ponen tales cortapisas que es imposible llegar á él; juego miserable que les permite seguir al frente de los partidos sin comprometerse, y que los coloca en situación de aprovecharse del triunfo el día que otros lo traigan, invocando entonces declaraciones ambiguas que hacen únicamente por temor á quedarse solos.

Desgraciadamente para ellos, el pueblo comienza á comprender ese juego y se prepara á darles la lección que merecen, sin temor á sus iras ni á sus excomuniones, y dispuesto á demostrarles que los disidentes, los desleales y los traidores son ellos, no los que sólo han cometido una falta: tenerlos por guías y jefes.

¿Qué se habían creído? ¿Que como perros sarnosos y hambrientos íbamos á seguir entretenidos en roer el hueso que nos arrojaran envuelto en frases de relumbrón? ¿Que íbamos á continuar eternamente marcando el paso á su voluntad, acortándolo ó acelerándolo según les pluguiera? ¿Qué error tan grande el suyo, y qué desconocimiento de lo que somos y de lo que valemos!

Pero hay más aún. ¿Qué autoridad tienen esos hombres para llamarnos á la concordia? Un ladrón recomendando el respeto á la propiedad, indigna; la palabra fraternidad predicada por Caín, indigna y da asco. Los que, mientras el pueblo ha emigrado y sufrido hambre y frío, harto de miseria y exhausto de derechos, no han sabido hacer otra cosa que combatir y difamarse, no pueden hoy demandarle que acuda á las urnas á darles su voto. Que recojan, pues, lo que han sembrado, ya que el tiempo de la cosecha llegó.

Soldados de fila, bien; pero rebaños de corderos, ¿por dónde? Hemos podido hasta hoy, por falsas ideas de conveniencia ó por mentidos conceptos de fraternidad, permanecer amarrados al carro de este

ó aquel jefe, pero no será así en adelante, porque no debe ser, y porque nos avergüenza ver lo que actualmente ocurre. Si cuando se trata sólo de alcanzar un acta surgen rivalidades que no podíamos sospechar y se despiertan apetitos tales que obligan á apartar los ojos; si por recabar unos votos se traicionan y combaten los de una misma agrupación; si no hay arma que deje de esgrimirse, ni deslealtad que no parezca lícita, ni añagaza censurada en los monárquicos á que no se apele, ¿qué no harían esos señores el día que el esfuerzo popular trajese la República por encauzarla en la forma que á cada uno conviniera?

Pero en último caso, y aun suponiendo que no tuviésemos razón al obrar como lo hacemos, ¿de qué podrían quejarse esos señores? Somos sus discípulos, más ó menos aprovechados. Ellos nos enseñaron á considerar como enemigos á los republicanos que no pensaran en absoluto como nosotros; ellos han mantenido durante la restauración sus odios y rencores; ellos se han escupido incesantemente al rostro palabras agresivas, tanto, que con los sangrientos calificativos que se han lanzado mutuamente pudieran formarse centenares de volúmenes.

¿Y quieren que ahora nosotros, los que hemos aprendido en su escuela y coreado sus pasiones, nos unamos, porque así les place para ver si consiguen unas actas? Torpes son si tal piensan; menguados si nos suponen tan serviles. En el Congreso han estado todos, y nada han hecho; es decir, sí. Castelar ha declarado que apenas se llama Pedro en republicano; Salmerón se ha manifestado *dolorosamente sorprendido* de una insurrección fracasada; Pi ha atacado á un rey muerto, y ha huído después para no comprometerse combatiendo una regencia viva. ¿Y son estos los que ahora sostienen que la monarquía se derriba con actas de diputado?

La conducta de esos tres señores durante la restauración parece no haber tenido otro objeto que enervar al pueblo, llevándole al escepticismo, sepulcro de toda energía. Afortunadamente no lo han conseguido, ni lo conseguirán ya. Corrientes de simpatía se establecen á cada paso entre los republicanos, que al fin producirán el resultado apetecido de dividirse en revolucionarios y legales.

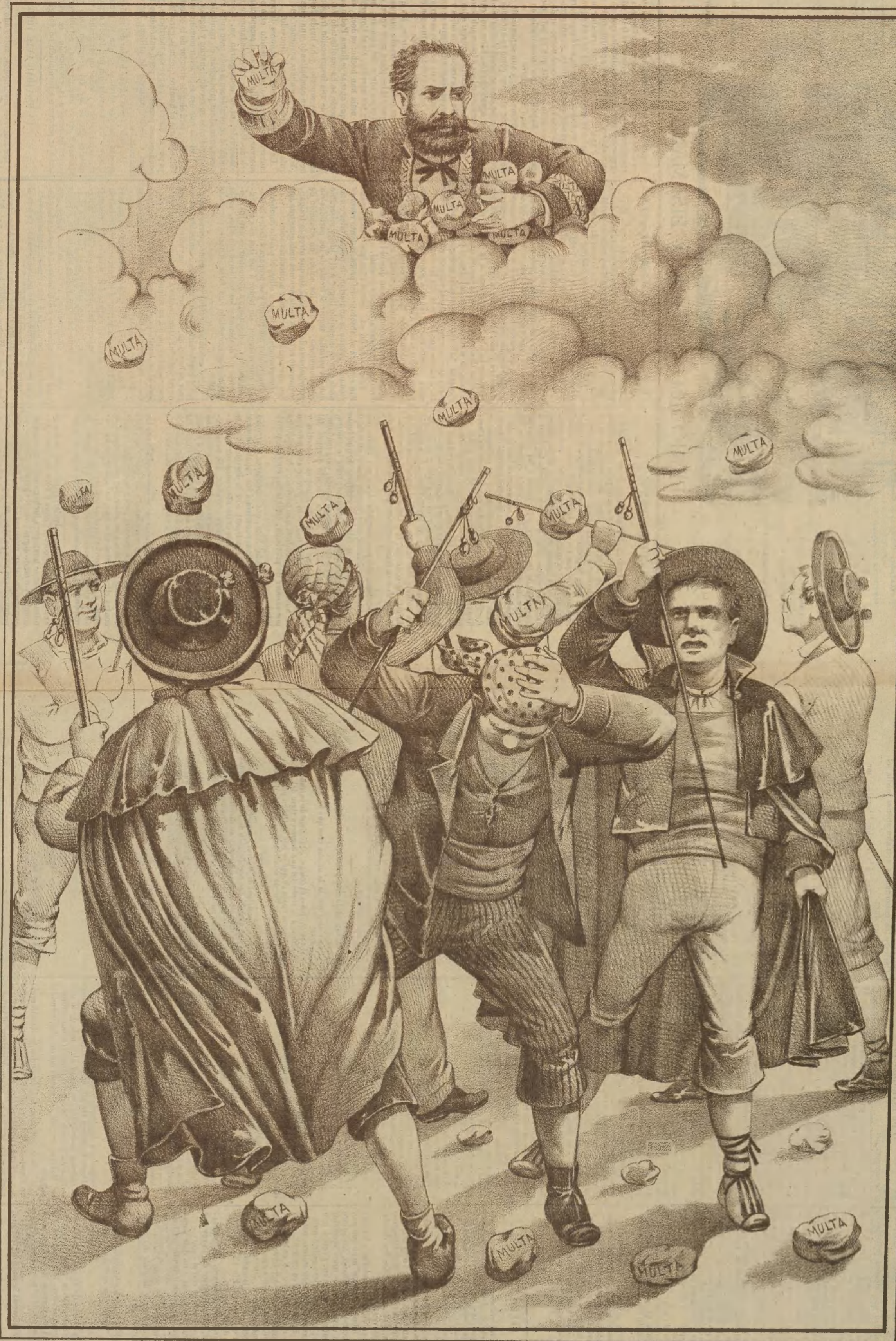
Y el día que esa aspiración comúnmente sentida se realice, será elegido director de la colectividad revolucionaria el hombre que más garantías ofrezca, ya por su historia, ya por sus sacrificios, ya por sus condiciones personales; pero, entiéndase bien, sólo para el hecho concreto de utilizar los elementos acumulados.

Después... mas ¿á qué hablar del mañana cuando apenas podemos adivinar lo que se pretende hoy? Después irá la revolución por donde el pueblo quiera, único arbitro y señor en los grandes cataclismos sociales que la ley del progreso hace necesarios. Querer *a priori* trazar reglas, establecer pactos y poner barreras á la revolución, es sencillamente trabajar porque esa revolución no venga.

LA DIGNIDAD ANTE TODO

Los federales madrileños, volviendo por su dignidad, niegan que exista la coalición entre posibilistas, salmeronianos y federales, por no haberlo acordado el partido, aun cuando la haya pactado el

EL MOTIN



Chaparrón de sinceridad electoral.

Sr. Pi, y han resuelto celebrar un *meeting* para tratar este asunto.

La República lo juzga de este modo en un artículo titulado *Era de esperar*:

«El comité republicano federal de Madrid y los probados y consecuentes federales que representa no han podido ver con tranquilidad que algunos individuos, muy respetables sin duda por los cargos que ocupan, pero sin derecho alguno para disponer de la voluntad del partido, hayan pactado por sí y ante sí una coalición electoral con los salmeronianos y castelarinos. Se- mejante abuso de autoridad, perpetrado precisamente en los momentos en que están, y con mucha razón, en tela de juicio y residenciados organismos y personas que antes pasaban por indiscutibles, es más de lo que puede tolerarse con calma en un partido como el federal, que nunca se prestó á servir de instrumento á nadie, y menos cuando se trata de convertirle en auxiliar de sus enemigos de siempre y en hacer de sus votos pedestal de unos cuantos evolucionistas, con mengua de su significación y de su historia.

Es grande la agitación que, con este motivo, reina entre los federales madrileños, y desde luego podemos asegurar que serán muy pocos, y esos pocos no de los mejores, los que llevándola el afecto personal más allá de lo que la consecuencia permite, incurran en la debilidad de votar lo que les ordena su jefe, que hace tiempo no lo es sino de nombre, y que acaba de inferir á los federales la ofensa de disponer á su antojo de sus sufragios, sin previa consulta.

No hay que decir que el contubernio que han dado en llamar *coalición de la lealtad* los salmeronianos se va á pique desde el momento en que pierde el único elemento que hubiera podido prestarla algún calor y alguna apariencia de fuerza.»

Cuando *El Motín* se equivoca, lo confiesa lealmente; que no es como los jefes republicanos que nunca aciertan y pretenden pasar por infalibles.

En el número anterior supusimos que los federales madrileños aceptarían la coalición por haberla hecho su jefe. Hoy, que han respondido cual corresponde á hombres dignos y libres, estamos en el deber de decirles:

Nos equivocamos.

SANTA OBEDIENCIA

«Asimismo prohibimos terminantemente á los sacerdotes y á los religiosos censurar en sus sermones ó en otra forma, pública ó privada, las doctrinas y conducta de algunos católicos en el orden político.»

(Conclusiones del Congreso católico de Zaragoza, regla 20.)

Mis amados hermanos en Jesucristo: Lo que acabo de leer en castellano, que vosotros no entendéis, y que voy á explicaros en vascuence para mayor claridad, es uno de los acuerdos tomados en el Congreso católico de Zaragoza, que, como todos los demás, debemos acatar sin reserva alguna.

Ya sabéis que hay católicos verdaderos y los hay falsos, ovejas fieles y lobos que se disfrazan con piel de oveja para introducirse en el rebaño. No quiero señalar á nadie, pero voy á ponerlos unos ejemplos ahora que los interesados no me oyen. ¿Veis á don Dimas Pescasiempre, ese que quiere salir diputado provincial? Pues aunque parece católico, acude mucho á la iglesia y hospeda en su casa al señor obispo cuando viene de visita, ese no es católico, porque es liberal; y ya sabéis que ser liberal es mayor crimen que ser adúltero, ladrón y asesino. ¿Veis á D. Lucas Amalgama? Pues ese, además de liberal, es mestizo, es decir, de los llamados católicos liberales, que, según el inmortal Pío IX, son peores que los demonios de la *Commune*.

Tampoco debéis fiaros del secretario del ayuntamiento; ese es carlista, ó sea defensor de un rey que se ha liberalizado y que transige con el error.

Apartaos de esos malos católicos y no deis vuestros votos mas que á los que juren defender en toda su pureza é integridad la religión católica, tal como la entendemos los lectores de *El Siglo Futuro* que os traduzco todos los domingos después del Santo Evangelio. ¿Juráis hacerlo así?

—¡Sí, paaadre!

—Juráis abominar de todos los liberales, declarados ó encubiertos, incluso los carlistas, que son los peores?

—Sí, sí...

—Pues bien: que la gracia de Dios sea con vosotros, y conste que he cumplido la orden de su ilustrísima leyéndolos y explicándolos los acuerdos del Congreso católico. La obediencia á los superiores ante todo. Así, debéis obedecerme, como yo obedezco á mi prelado.

Y luego *sotto voce* y mientras se baja del púlpito, añade el páter:

—¡Lo que es si hiciereis tanto caso de mí como yo de los acuerdos episcopales, me había lucido!

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

XII

CUERPO DE ADMINISTRACIÓN MILITAR Ó DE INTENDENCIA

Se compone de:

Una intendencia general central en el ministerio de la Guerra, á cuyo cargo estará la caja central, el examen de todas las cuentas parciales, el resumen de éstas y la formación de la total del ejercicio y su publicación.

Las intendencias de los cuerpos de ejército de que se hizo mención al tratar de éstos, con el personal necesario para este servicio. Estarán divididas en tantas secciones como divisiones tenga el cuerpo de ejército, á fin de que si se fraccionase éste por exigencias de la guerra, marche con cada división el personal administrativo que necesita para que tan importante servicio no quede desatendido ni un solo momento. Estas intendencias tendrán á su cargo la expedición de libramientos para las atenciones de guerra, dirigirán la gestión técnica y centralizarán la contabilidad.

Seis parques generales de suministros. Estos parques, en previsión de una guerra y como base para los aprovisionamientos extraordinarios de campaña, sirven para elaborar y conservar el material de boca y guerra, que especialmente no tienen á su cargo otros organismos, siendo á la vez escuela práctica donde ha de estudiarse y mejorarse lo que más convenga al soldado. Estarán empleados como auxiliares los oficiales técnicos de todo el ejército que fuesen necesarios, y emplearán los obreros de los batallones del tren. Conviene advertir que la misión de estos parques no es la de acudir al suministro de las tropas en tiempo de paz, sino la de allegar primeras materias, medios, material y personal idóneo para el aprovisionamiento extraordinario é imprevisto de la guerra; por consiguiente, los cuerpos, en tiempos normales, atenderán por sí mismos á sus necesidades, debiendo sólo surtir de los centros referidos cuando no les sea fácil adquirir con ventaja lo que precisen en las localidades donde se hallen acuartelados ó acampados en guarnición ó en maniobras; cuando sea preciso renovar las existencias de artículos de fácil avería en los almacenes, ó cuando convenga ensayar ó acostumbrar al soldado al uso de raciones nuevas, conservas, prendas ó material que no dé ordinariamente la industria privada.

Se compone además el cuerpo administrativo del personal de intendencia empleados en los hospitales y en los cuerpos que quedan indicados en cada uno.

Y por último, el cuerpo ó las tropas del tren, cuya organización se hace preciso detallar, porque con una simple indicación no es posible formarse idea de lo que son estos organismos.

El cuerpo del tren consta de:

Seis batallones activos.

Tres compañías activas.

Seis batallones de reserva.

Tres secciones de ídem.

Los batallones activos constan cada uno de una plana mayor y cuatro compañías.

La plana mayor consta de:

Un primer comandante de administración, jefe.

Un segundo comandante.

Un primer teniente de administración.

Un ídem ayudante.

Un médico.

Un segundo, veterinario.

Dos terceros.

Un maestro armero.

Un ídem de coches.

Un ídem guarnicionero.

Un ídem de fragua.

Ocho caballos de silla.

La primera compañía, que es de transporte, montada, consta de:

Un capitán de administración.

Un primer teniente.

Un segundo teniente.

Un primer suboficial.

Cuatro segundos suboficiales.

Ocho brigadieres.

Diez soldados de primera.

Tres cornetas.

Un enfermero.

Un cocinero.

Cuatro obreros.

Noventa soldados de segunda.

Cuarenta carruajes.

Ochenta caballerías de tiro.

Dieciséis caballos de silla.

JUAN SOLDADO.

EL JEFE DE ORDEN PÚBLICO DE MADRID

Leemos en *La Publicidad*, de Barcelona:

«Como le hemos tratado en Cataluña más de cerca que los madrileños, sabemos algo más de lo que se sabe en la corte del nuevo jefe de Orden público, Sr. Morera, ex jefe de estado mayor del criminal Saballs.

«Dicho Sr. Morera fué dependiente de comercio de Matanzas, y luego oficial de voluntarios. Casóse después con una anciana muy rica, que murió al poco tiempo, siendo su único heredero el señor á quien nos referimos.

«Cuando ingresó en las filas carlistas, hizo á don Carlos el regalo de dos cañones.

«Aquí cometió varias hazañas al penetrar en varios pueblos, entre ellos Arenys de Mar, donde quemó el registro civil y cobró contribuciones.

«El gobierno ha hecho perfectamente en premiar los méritos contraídos por el agraciado en el campo carlista, toda vez que entre los partidarios de don Carlos y los gobernantes actuales apenas media el canto de un duro.

«Si quieren provocar á la opinión liberal, á mano tienen otros medios, no tan innobles y cínicos.»

LA CARICATURA

¡Qué chaparrón el que descarga sobre los ayuntamientos! El hombre del sentido jurídico, secundado por los Poncios que ha puesto al frente de las provincias, trata de preparar para la sementera de candidatos ministeriales el campo electoral.

Al efecto hace que la sinceridad descienda sobre él en forma de lluvia, y ésta pone á los municipios como chupa de dómene.

El chaparrón es de multas, y tan copioso, que hay provincias, como la de Huesca, que han quedado inundadas completamente.

Es, pues, de esperar una buena cosecha de diputados conservadores, demostración de que, en asuntos electorales, Silvela nada tiene que envidiar á Romero Robledo, su antecesor y rival.

PALOS Y PEDRADAS

El principal objeto del artículo *A nuestros electores de Madrid*, publicado por Castelar en su órgano, es el de recomendar á los suyos la lealtad en la coalición electoral con piñtas y salmeronianos.

«Por lo mismo que recuerdos penosísimos y doctrinas diversas nos apartan de aquellos con quienes trabamos una pasajera inteligencia, la lealtad nuestra debe aumentarse con creces, pues nos avergonzaríamos á nuestros propios ojos de ser quien somos, prometiendo en público una cosa con solemne aparato y realizando la contraria en el secreto de la urna.»

Tiene razón D. Emilio; para trabar una inteligencia pasajera con aquellos de quienes le separan recuerdos penosísimos y doctrinas diversas, con el fin de conseguir unas actas de diputado, es una gran cosa la lealtad; para lo que sin duda la juzgó innecesaria, fué para sostener la República el 73 y para reconquistarla cuando la perdieron.

Hemos oído decir que el Sr. Catena ha cerrado el círculo de la Carrera de San Jerónimo.

Si es cierto, nos felicitamos de una determinación que saca al partido republicano progresista y á *El País* de una situación embarazosa, y que ha sido causa de no pequeños disgustos.

Y diremos más. Desde el momento que el Sr. Catena deja de valerle del nombre de una colectividad republicana para sostener un casino, nos importa bien poco que haga en adelante lo que le acomode.

Jamás nos hemos mezclado en ciertos asuntos, ni jamás nos mezclaremos.

Se ha concedido una pensión á la viuda del general Cabrera.

El periódico que da la noticia cree que ha de llamar la atención.

Pues se equivoca el colega. ¿Qué tiene de extraño que se pensione á la viuda del que llamaron tigre del Maestrazgo, en una época en que es jefe de Orden público de Madrid el que lo fué de estado mayor de Saballs, otro tigre carlista?

Un juez municipal de Madrid, conservador por supuesto, se niega á dar certificación de las defunciones ocurridas durante el año último en su distrito.

El colmo de la sinceridad electoral. Procurar que hasta los muertos puedan, si gustan, votar la candidatura conservadora.

La Epoca prueba, con dos hechos que refiere, que los enfermos se mueren en las calles de Madrid durante las noches sin asistencia médica ni cuidados de ningún género.

El diario conservador ha debido añadir, aunque parezca innecesario, que Madrid es la corte de la monarquía restaurada.

CÁNDIDO

Ó EL OPTIMISMO

POR VOLTAIRE

Un tomo: UNA peseta.

Los suscriptores directos á *El Motín*, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir esta obra, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado.*

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.